

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0476 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

ANARQUISMO MILITANCIA

Por diferenciar su ideología marxista, los que se encontraron con su sombra, o con su segunda personalidad, gracias a la revolución rusa y a las experiencias bolcheviques, se dieron a sí mismos el calificativo de "anarquistas nuevos". De nuevo, tenían la claridad de un hecho social que les había indicado su verdadero camino y que los reconcilió con su espíritu autoritario, y de anarquistas, únicamente su vieja historia de militantes y el prestigio adquirido en nuestras filas. Pero, de la misma manera que no pudieron aportar ideas, conceptos o inquietudes espirituales capaces de renovar las energías del proletariado, su anarquismo se vio muy pronto identificado con las corrientes revolucionarias marxistas que perseguían la conquista del poder tomando como base al proletariado militante.

Creyendo que la diferencia entre el "anarquismo nuevo" y el "anarquismo viejo" residía en el concepto táctico de la lucha de clases, en la actividad revolucionaria de los militantes en el movimiento obrero y en la posición que los anarquistas ocupamos frente a los partidos políticos, los "innovadores" arremetieron contra lo que ellos consideraban pasado de moda, anticuado, fuera de la época e incapaz de influir en los acontecimientos que se precipitaban... De ahí que acusaran al anarquismo que no aceptaba la "realidad bolchevique" y no hacía suyas las "experiencias marxistas", de pequeño-burgués y contrarrevolucionario, repitiendo todas las interesadas acusaciones de los empresarios y explotadores de la revolución.

Por reacción contra el oportunismo revolucionario de esos anarquistas defensores de la dictadura y del Estado obrero, nos vimos obligados a mantener una crítica permanente a las llamadas experiencias y realidades de esta hora. Pero esa propaganda contra lo que se quiso presentar como guía y norte de los pueblos, no significó en nosotros un alejamiento de la masa obrera o una negación de los valores éticos que encierra toda lucha contra el capital y el Estado. Estar contra una determinada tendencia que aspira a dirigir y someter al proletariado a la égida de un poder, ¿significa acaso conspirar contra los intereses, los anhelos y las ideas de la clase trabajadora consciente? Oponerse al triunfo de una minoría audaz, que busca en el poder pasivo de la masa el afianzamiento de su poder, ¿constituye un pecado para quienes no juegan ningún interés particular en esa lucha que debiera ser dirigida con-

tra el enemigo común y estar inspirada en una idea de igualdad, libertad y justicia sociales?

Los "anarquistas nuevos" quisieron buscar en la realidad y en la experiencia el contenido de su ideología. Les pareció vacío el anarquismo crítico, que no hacía suyo un programa constructivo y se oponía a toda

ponerse a tono con el ambiente obrero de los primeros años de subversiones y ensayos sovietistas, debieron hacer concesiones en la ideología y apartarse de los principios que son el fundamento del anarquismo: la oposición a todo Estado, a toda idea autoritaria y a toda conclusión político-económica que entrañe un peli-

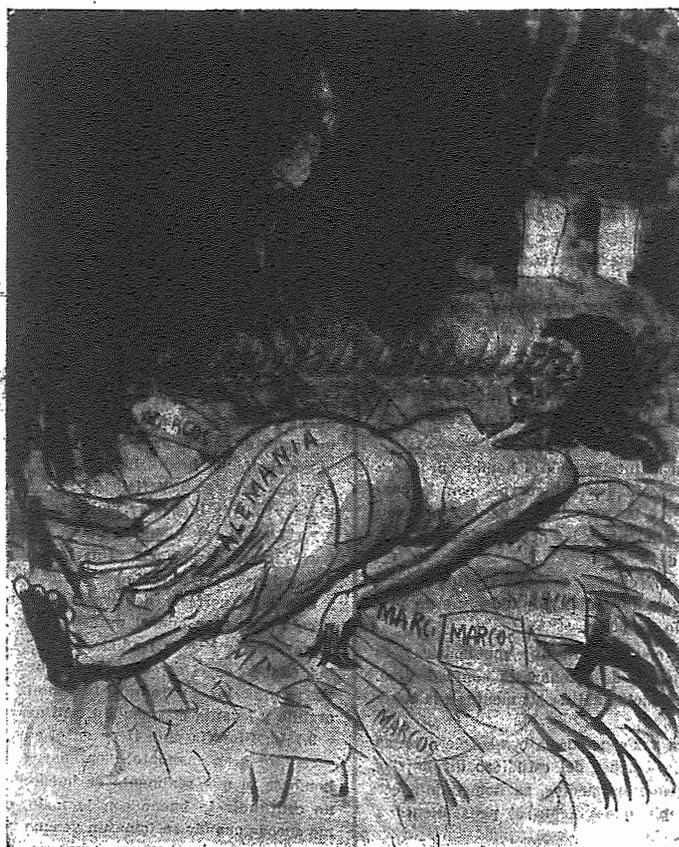
motivo de las luchas desarrolladas en los últimos años?

Porque no incurrimos en el error individualista de apartarnos del foco de agitación proletaria, nuestra crítica al bolcheviquismo y sus derivados pseudo anarquistas, truvo en la clase trabajadora la más franca acogida y sirvió para destruir la ilusión del autoritarismo marxista y la creencia en las ficciones revolucionarias que se empeñaban en convertir en hechos reales e indiscutibles los defensores del Estado obrero y de la dictadura sobre el proletariado. Los movimientos proletarios de carácter subversivo que tuvieron su culminación en la semana de enero de 1919, pese a la influencia de la revolución rusa, ¿no sacaron su fuerza dinámica de la fracción obrera que se inspira en nuestras ideas? Y todas las luchas gremiales, las protestas solidarias, las campañas de agitación que siguieron a aquella revuelta popular, ¿no constituyeron la prueba más elocuente de la vitalidad del "anarquismo viejo", cuyo espíritu de intransigencia determinó las consecutivas agitaciones de nuestro proletariado?

Jamás el anarquismo dejó de ser una fuerza militante. Hoy mismo, pese a la alianza de los "anarquistas nuevos", de los políticos comunistas y de los síndico-reformistas, nuestro movimiento es el más poderoso del país y el que más influencia ejerce en la clase trabajadora organizada. La U. S. A., complemento gremial de todas las fracciones antianárquicas, no puede disputar a la F. O. R. A. la orientación del proletariado activo cuyo espíritu está en nuestras ideas. Y del mismo modo, en la propaganda doctrinaria; las fracciones unificadas en la U. S. A. no tienen un campo de acción tan vasto como el que sirve de terreno propicio a la siembra de nuestros principios libertarios. ¿Qué pensar de una organización que apenas puede mantener un periódico semanal con las cotizaciones de sus asociados? ¿Y qué valor tiene ese "anarquismo nuevo", que ni siquiera cuenta con un centenar de adherentes ni puede mantener normalmente un periódico de aparición decenal? En cuanto al partido comunista, de su influencia dá pruebas su raquitismo y la vida casi anónima de su órgano oficial de propaganda periodística.

Si en la actividad de cada fracción está reflejada su potencia y la ca-

EL TRÁNSITO



¿Qué saldrá de allí si no se muere?

lucha que entrañara un propósito de dictadura y de expoliación, aun cuando se invocara el nombre del proletariado. De ahí que incorporaran a sus abstracciones pseudo filosóficas todo un programa de conquistas inmediatas e hicieran suya la concepción marxista de la dictadura y del Estado obrero, creyendo que en esa forma aportaban nuevos materiales a la renovación del anarquismo tradicional, cristalizado, envejecido.

La realidad, que está en el proceso de la revolución rusa hacia el remanso del Estado pseudo proletario, nos demostró que esos "anarquistas nuevos" están obligados hoy a seguir el curso de los acontecimientos. Para

gro para la libertad futura de los pueblos.

El anarquismo, salvo la excepción que representan esos ex militantes de nuestras filas convertidos en voceros de la revolución bolchevique, no abandonó sus posiciones en el período caótico de las subversiones populares. En lo que respecta a la Argentina, pese a nuestra oposición a esos empresarios de revueltas y aspirantes al poder proletario, nuestro movimiento siguió su curso y constituyó siempre la fuerza vital de la verdadera acción revolucionaria. ¿Acaso únicamente en el reflejo de hechos externos, de ideas y actividades ajenas a nuestro ambiente, estaba el

¡APARECIÓ! :

"Cartas a una mujer"
Usted, compañera, debe leer este libro; es de suma utilidad y no debe faltar en ninguna biblioteca obrera.

pacidad de sus orientadores, no será el "anarquismo nuevo" el que dará el ejemplo de su fuerza revolucionaria. Huérfano de medios de propaganda, ese anarquismo, dictatorial languidece en los remansos del reformismo más inerte, porque le falta el motivo esencial de su existencia: una ideología propia que lo ponga al abrigo de los flujos y reflujos del océano social. Si el ejemplo ruso no constituye hoy una novedad, si la ficción unitaria no deslumbra a nadie y si las experiencias del bolcheviquismo amargan y decepcionan a los que ya veían próxima la revolución, ¿de qué elementos ha de valerse ese anarco-bolcheviquismo para mantener un movimiento propio, al margen de los partidos marxistas y de la propaganda libertaria?

El anarquismo militante, de acción continuada sobre una base moral y tomando como elemento de energías destructoras y creadoras al proletariado consciente, tiene su representación en la F. O. R. A. y su vocero en LA PROTESTA y en los periódicos que defienden lo que tiene de imperecedero el espíritu humano: su concepción libertaria y su fuerza moral como principio de doctrina que trabaja en el hombre los valores que han de libertarlo de todos los yugos.

CALAMBRES

Luces y Sombras.

El Obispo — Nuestra santa religión posee dos luces: la Fe y la Caridad.

El Neófito — La Fe y la Caridad...

El Obispo — Sí, la Fe y la Caridad son luces; pero necesitan de la sombra para poder brillar. La Fe necesita de la ignorancia; la Caridad de la miseria. Si combatimos la miseria y la ignorancia, correremos el peligro de hacer que desaparezcan la Caridad y la Fe.

El Neófito — Oh, Monseñor!...

El Obispo — Y el buen católico debe procurar por todos los medios que brillen estas dos luces; siempre: la Caridad y la Fe.

El Neófito — ¿Debe, por lo tanto, difundir la miseria y la ignorancia?

El Obispo — Si con ello ha de salvar la Caridad y la Fe... ¡Así sea!...

Las recomendaciones.

X. necesitaba un empleo. Se presentó al Ministro correspondiente munido de la imprescindible recomendación. La firmaba un hombre a quien el Ministro debía un favor: X no obtuvo el empleo.

Unos meses pasados, consiguió otra recomendación. La firmaba ésta un hombre que ya recibiera otro favor del Ministro: X obtuvo el empleo.

Corolario: El Ministro había olvidado el favor recibido; pero no el que hiciera.

Muñeca.

La Señora — Vengo alegre, vengo de una zahurda de menesterosos, vengo de hacer el bien.

Juan Gutiérrez — ¿Viene Vd. de hacer el bien, señora, y viene alegre? No la comprendo.

La Señora — ¿Por qué?

Juan Gutiérrez — Porque si Vd. hubiese hecho el bien a esos menesterosos, Vd.

vendría triste. Vd. acaba de dar ropas o dinero a esos miserables, y por la línea de regocijo; pero eso no es hacer el bien, señora. Hacer el bien es compartir el dolor con los que sufren. Vd. sólo ha usufructuado ese dolor, señora. Vd., a cambio de unas insignificancias que la sobaban, ha recogido alegría. Vd. ha quedado en deuda con esos miserables cuyo hambre y frío ha apaciguado. Para hacer el bien Vd. debía haber dejado su alegría

con ellos y traído su dolor con Vd.

La Señora — Ahora soy yo quien no lo comprendo.

Juan Gutiérrez — No me asombra. Vd., señora sonriente, no es una mujer. Vd., señora caritativa, es una muñeca, una muñeca con resorte. Su resorte la hace repartir caridad, y después sonreír al público que la admira.

Alvaro YUNQUE.

Agosto 1923 — B. Aires.

FILOSOFIA ANARQUISCA

1.) El hombre vive y se mueve en un mundo de fenómenos y de sentimientos. En este mundo goza, sufre y delira: goza y razona en la calma, sufre en el odio, delira en la cólera.

(La cólera es una explosión de odio, es un gran mal porque provoca abundante secreción de bilis que se mezcla a la sangre. De aquí la ruina del corazón, el tormento de los nervios, la pérdida de la razón).

2.) La realidad de las cosas creadas se envuelve en un misterio sublime, cuyos velos son tanto más tupidos cuanto más ardiente es nuestra curiosidad. Basta observar el firmamento estrellado, la estructura cristalina de un mineral, el engranaje perfecto de los órganos en la vida animal y vegetal para comprender cómo en la naturaleza priman el orden y la libre orientación de las partículas.

(Es misterio para nosotros la causa primera de los fenómenos naturales. La electricidad, por ejemplo, es misterio. Es misterio quién deriva de la apariencia de los órganos mismos).

3.) Existe en cada individuo una inteligencia, una conciencia, un sentimiento. Es la admirable terna que comprende nuestra psiquis.

Con la inteligencia el hombre provee a las necesidades del cuerpo, con la conciencia a las necesidades del corazón, con el sentimiento a las necesidades de la sociedad).

4.) La ciencia es buen sentido; como tal es comprendida por todos, no ya privilegio de pocos.

La ciencia (filosofía matemática) es un método de razonar sin contradecirse. La ciencia habitúa las mentes a la coherencia.

Una vez conocida la bondad de algunas ideas, es deber del estudioso difundirlas por todos los medios, en homenaje a ese principio que vincula el pensamiento a la acción.

"Pero quien escucha y no hace, es semejante al hombre que construyó en el suelo una casa sin cimientos; la envolvió la corriente, tambaleó enseguida, y el perjuicio de la casa fué grande".

5.) ¿Cuántas veces debemos reprochar a nuestro soberbio "yo" imperfecto incoherencias monstruosas!

Todos, de palabra, somos enemigos del egoísmo brutal, destructor de la mente y del corazón, pero pocos luchan con fe para extirparlo.

Todos estamos concordes en considerar a la miseria y la ignorancia causa primera de embrutecimiento, sangre y decadencia; pero los más no piensan en suavizar con amor las desgracias de los infelices, nadie piensa en salvar entre las paredes de la escuela al pequeño bastardo, nacido entre las zarzas del camino.

Todos queremos la paz; ¿pero cómo se puede realizar la paz cuando la caída de uno hace la fortuna de otro; cuando la vida actual es motivo de vulgar concurren-

cia entre individuos y naciones y el hombre es lobo, verdugo del hombre?

6.) Hoy la sociedad se basa sobre el genio de la embrolla.

La ley, según Aristóteles, es comparable a una tela de araña. El mosquito cae en ella y queda aprisionado, pero el poderoso escorpión la rompe y la pasa.

El orden y la armonía son imposibles mientras perdure la malignidad y la estulticia. Las esperanzas de los buenos se vuelven a la ciencia y a la anarquía, para educar el corazón humano en el gran ideal de una libre cooperación y de una generosa solidaridad.

7.) Las alegrías de la mente no bastan para hacer feliz al hombre. La civilización de un pueblo no está hecha sólo de ciencia.

Lo que mayormente importa al mundo es el "progreso moral", llave mágica de la suerte de un pueblo.

Mientras existan avaricia, egoísmo, miseria, el genio del mal robará siempre a la ciencia las invenciones más bellas para hacerlas instrumento de dominio y de rapiña.

Las máquinas, por ejemplo, son cosas buenas, pero constituirán verdaderamente un factor de seguro progreso el día en que la economía de fuerza humana que ellas realizan vaya en beneficio de mayor estudio y mayor bienestar para todos.

8.) Lo que el hombre piensa y construye nunca es perfecto. Una ley de caducidad gravita sobre todas las cosas.

Una cosa perfecta debiera ser eterna, y entonces, ¿por qué el puntillo de conservar costumbres y tradiciones decrepitas, cuando en el cerebro de muchos brilla ya una luz nueva que transmuta el orgullo y levanta el amor sin confines?

9.) La filosofía pura tiene en el campo social un gran mandato: "enseñar a los hombres lo que realmente es bueno y a no confundir lo bueno con lo malo, como sucede cuando se toma un veneno por un generoso remedio."

Justamente dice el filósofo de la anarquía: "Es sabia cosa resignarse al mal ineluctable, pero es criminoso y demente aceptar sin rebelarse el mal que se puede combatir".

10.) Como los postulados en ciencia son aceptados por común consenso y considerados "verdad sin demostración", así también en el campo social tenemos necesidad de establecer puntos fundamentales que han de considerarse expresión del pensar común.

Razona bien quien cree en un principio y no lo contradice.

Obra bien quien escucha la voz de la conciencia y nunca la olvida.

En la vida la verdad es un hecho que se asienta sobre este juicio: lo bueno es bien, lo malo es mal.

11.) Citemos cosas buenas y cosas malas. Es bien vivir intensamente, satisfaciendo todas las necesidades del espíritu. Es bien vivir en buena armonía con

los propios semejantes: todo gato es alegría, es placer.

Es mal volverse físico en el subterráneo de una prisión; es mal mortificar la carne entre el vino y el éter; es mal vivir en discordia con los hermanos: todo esto es tristeza, es dolor.

Si el individuo comete un delito de sangre, la sociedad sea buena y no condene nunca con ánimo feroz y espíritu de venganza.

La ergástula mata pero no redime.

Dice el filósofo: "Buscad las causas de los delitos y destruidlas y no tendréis más necesidad de códigos y de suplicios."

12.) Si la vida es un instante que oscila entre una realidad y un sueño, si la tierra en que vivimos es un grano de polvo perdido en la inmensidad de lo ignoto, ¿por qué no buscamos una buena vez las bases de un mútuo acuerdo, libre y sincero, que a todos dé garantía de pan, libertad, amor y ciencia?

13.) ¿Qué es la verdad?

Es una aspiración sublime de nuestro cerebro curioso.

Tal vez es una necesidad del corazón para gozar la esencia de un afecto ideal.

La verdad es un misterio para los seres embrutecidos en el vicio y la soberbia.

La verdad no es comprendida por los malvados ni vista por los ciegos de la usura.

Pilatos pregunta a Cristo qué es la verdad. Pero se guarda de esperar la respuesta: la verdad es un tormento para el tirano que condena a un Justo.

¿Qué es la verdad? No siempre es la segura confesión de un delito o de una rapiña. Por miedo a la cárcel la falta es cubierta por la intriga y la toga elocuente a menudo se cubre con la mentira.

La verdad es preciosa y raramente se la encuentra.

La verdad es luz en el mundo: para que esplenda tiene necesidad de obras buenas.

Mientras sobre esta tierra arceja el odio, la verdad es aplastada, arrojada lejos, porque quema.

La verdad no tiene necesidad de la dinamita para ser defendida de los ataques de la mentira.

La verdad, lo mismo que la justicia, es el camino majestuoso que lleva a la paz. Es el bien en lucha contra el mal.

14.) Como entre iguales es mal pensar y obrar según el querer de otro, así en igualdad de derechos es inhumano el dominio tiránico del hombre sobre el hombre. El sentido de la libertad, base de la redención humana, brota de este pensamiento y se acentúa mayormente con los estudios.

La libertad no será nunca el regalo de un poderoso, sino el fruto de un trabajo cotidiano, de un sacrificio constante, de un afecto sin límites por el género humano.

La libertad no es cosa que se dá o se roba: Es una conquista a que debe llegar, un pueblo consciente, obrando bien, por vía natural.

15.) Quien lucha por la anarquía lucha por la vida. Abolidas las numerosas mentiras convencionales, el engranaje social ganará en sencillez, en concordia, en precisión. Caerán por sí mismas muchas cosas tontas, herencia carcomida de un período de barbarie y de decadencia, y nuevos y más sensatos sistemas se impondrán en el nuevo arreglo social.

Entonces nadie osará demoler una casa nueva, de cimientos robustos, si es sano el principio por el cual surge el edificio.

Pablo CIPRIANI

LA CÉDULA DE LIBREPENSADOR

Esto del libre pensamiento, siempre sobre el tapete de la discusión, amenaza eternizarse en un lamentable juego de palabras, en el que brillan por su ausencia no sólo la eficacia sino la honradez y la alta sinceridad.

Ya sabemos que, filosóficamente, las dos palabras habían de verse juntas. En efecto, nada menos libre que el pensamiento, producto laborioso y delicado de factores complejísticos, alguno de los cuales es anterior a la simple experiencia individual. Decir que podemos pensar "cómo y lo que nos dé la gana", es hacer abstracción de nuestros estadios, de nuestra sensibilidad y del patrimonio hereditario que contribuya a determinarnos, canalizando en las vías del progreso todas las posibilidades de nuestro ser.

Se piensa con arrogancia a la luz que hayamos llevado a los sustentáculos de nuestros instintos, sin perder de vista las influencias — a veces decisivas — del sentimiento sobre las ideas, que suelen, en ocasiones, sorprendernos, y, a ratos, confundirnos. "La lógica del sentimiento" de Ribot, es un hada poderosa. Se la encuentra debajo de los razonamientos más abstractos y oculta en las filosofías objetivas más contundentes...

Pero si el libre pensamiento es, en estos terrenos, discutible, es porque olvidamos el carácter puramente combativo de la fórmula. Ella se ha levantado como una bandera frente a la inquisitorial intención de cortar todas las cabezas por un mismo rasero y todas las conciencias por un mismo patrón. Se ha pretendido que ante un dogma y un artículo de fe, asintiera toda la humanidad sumisa, prosternada de rodillas ante símbolos de valor exclusivamente polinesio. Para ello se ha echado mano de la fuerza, del suplicio, de la hoguera, de la calumnia, del boicot, del espionaje camallescico. Se encendieron guerras de nación a nación, guerras civiles dentro de una misma patria, guerras de individuos dentro de las familias... Se abusó, en fin, de todo lo irracional, salvaje e irresponsable contra la razón serena que anhela abrir sus alas en vastos albures milagrosos...

Quisieron, y pretenden aun, que seamos católicos a la fuerza, que conguemos con ruedas de molino, que aceptemos sin exámen el cúmulo siniestro de las "verdades" reveladas. Con, a golpes de campanilla y a tufos de hisopo, vayamos, de la cuna al sepulcro, con la albarda de la iglesia sobre las espaldas. Y nada más atentatorio a la dignidad física, moral e intelectual del hombre. Nada que encienda más rebeliones en la entraña que esa pretensión de ser la verdad absoluta, cuando afuera y adentro, por todos lados, nos llama la vida a gloriosas epopeyas en la ruta infinita de grandes perfecciones. Cuando, más allá del reino de todos los dioses, se adivina, pleno de augurales cosechas, el reino del hombre sin Dios...

Para marchar por esta senda y por todas las sendas liberales, un derecho se reclama y ejercita, como un arado, como un hacha o una antorcha. Es el derecho de libre exámen, de crítica científica, de avalorización honesta y tolerante. No queremos una faceta, un punto de vista, una sola actitud. Queremos observarlas y medirlas todas para que de este exámen se vaya elaborando en nuestro cerebro una síntesis, lo más aproximada a la verdad. No queremos una religión, queremos la psicología y la historia de las religiones; no queremos un sistema, queremos la filosofía de todos los sistemas... Y si a la postre, por cansancio del ánimo o por imperativos de la mente, hacemos nuestra la causa de una religión o de un sistema, será precisamente de aquel que esté más de acuerdo con nuestra manera de ver el Universo a través de nuestras ideas depuradas y contrastadas. Será por auto-imposición y por mandato interno; no será por ajena orden ni por ajeno capricho o conveniencia, siempre odiosos y llenos de sospechas, por cualquier lado que se miran.

Esta es la significación del libre pensamiento, proyectada como una esperanza hacia el porvenir. Significación nobilísima, trascendental y, hasta cierto

punto, valerosa, que hace que arrebatados indignados el título de libres pensadores de muchos pechos que lo ostentan sin merecerlo, únicamente para desprestigio de la homérica cruzada.

Abundan, por desgracia, los hombres-pico, los hombres-palabras, los hombres-percalina, quienes, avanzados de la boca para afuera, esconden adentro un reaccionario furioso o cobarde inverosímil. Que piensan de una manera y obran de otra o de otras, que a tanto llega su "manejabilidad" de arcilla miserable. Seres incompletos, ya que al decir exacto de Guyau, "el que no obra como piensa, piensa incompletamente".

Por eso, ante las piruetas vergenzosas de la claudicación inconfesable se nos ocurre la de la cédula de libre pensador. Una cédula escrita, no en papel, sino en hechos, y firmada y rubricada, no por un rasgo sin valor, sino por una voluntad perseverante. ¡A ver tú, que tanto vociferas! ¡A ver la cédula! ¿Cómo? ¿Ateo y casado por la Iglesia? Respetoso del pensar ajeno y tienes los hijos bautizados, sin consultarles? ¡Partidario de la educación amplia, sin sectarismos, y tu primogénito discípulo de curas? ¿Amante de la libertad generosa, comprensiva, y eres un energúmeno en tu casa, haciendo una esclava de tu débil compañera?

Y no sería extraño que ante un millón de sorpresas por el estilo nos áiesen tentaciones de limpiar el campo a cinturazos, aunque tan sanísimo impulso parezca en contradicción con el pensamiento, y mucho más con la libertad.

V. GARCIA CIENFUEGOS

De Agustín Alvarez

Unos tienen creencias antiguas y otros tienen creencias modernas, porque la razón humana tiene hijas mozas y tiene hijas viejas.

El caballo que ha crecido comiendo pasto duro en el campo se muere de inanición mordiendo palos o mascando tierra frente a una pila de maíz desgranado, como en las grandes sequías, el hindú vegetariano, por precepto religioso, se muere de hambre en medio de un rebaño de vacas sagradas o profanas, y en la misma situación se encuentran los noctámbulos del obscurantismo que, viviendo en el tenebroso ambiente de las verdades reveladas, se sienten enteguecidos por la claridad de las verdades demostradas, como los topos y los murciélagos por la luz del día.

Los pueblos que hacen de las glorias del pasado morfina para el presente tienen en ellos el virus de la decadencia aunque sean jóvenes.

Hay dos géneros de pesimismo: el de los indolentes y el de los enérgicos; el de los que se aplastan delante de la piedra en el camino y el de los que reaccionan delante del obstáculo y lo superan.

El maestro de la conducta individual no es el pasado sino el presente.

La ciencia es tal vez el único caudal común que se acrecienta con el consumo.

Luis Fabbri - "Cartas a una mujer"

(Un volumen de 112 páginas)

SUMARIO:

Prefacio a la edición española. — Anarquistas y Anarquía. — Los anarquistas y la violencia. — Anarquía y revolución. — Los anarquistas y los otros partidos. — Los anarquistas y la legalidad. — Los anarquistas son utopistas. — Los anarquistas son socialistas. — El socialismo anarquista. — El consumo y el trabajo en la Anarquía. — Anarquía: ausencia de gobierno. — Los anarquistas y la moral. — Las pasiones en la Anarquía. — La familia burguesa y los anarquistas. — Las mujeres, el amor y la familia en la Anarquía. — La educación de los niños en el anarquismo. — Los anarquistas y el patriotismo. — Los anarquistas y la religión. — Dioses y curas en la Anarquía.

Precio del ejemplar: — En rústica, 50 centavos; en tela, \$ 1.50.

"INSENSIBLE"



¿Qué haces? Quitate esa venda, y por tu dignidad aplasta esas cabezas.



PAGINA DE ARTE



Un pintor moderno Vicente Van Gogh

Van Gogh nació en Holanda pero es considerado un pintor francés, porque en Francia vivió y luchó su vida de artista. Hijo de un pastor protestante, quiso en su niñez serlo él también, pero su salud delicada se lo impidió. Se entregó entonces a una verdadera fiebre de proselitismo religioso, formando parte de misiones de propaganda entre los mineros del Borinage. Su generosidad, su celo religioso no obedecían a ningún cálculo positivo. Mientras catequizaba a los mineros estalló una epidemia de tifus. Se desnuda y acuesta en una cabaña, en la paja. Su predisposición a la locura es manifiesta. En este período hizo sus primeros dibujos.

Estos estaban impregnados del sereno dolor que tenía en el alma. Después, vuelto a las ciudades, cuando comienza a frecuentar los talleres de artistas y los Museos, la influencia meditativa de Rembrandt ejerció sobre él un fuerte ascendiente.



V. VAN GOGH — Autorretrato.

En el 1886 en París, se une estrechamente al grupo de pintores impresionistas. Más adelante se aproximará por sus investigaciones y propósitos a Cézanne. En esa época está poseído de un deseo interior austero, visible en sus menores acciones en la vida y en el arte y que tiende, precisamente, a lo opuesto de lo que va a ser, el lírico genial del color y de la luz. ¿Cómo fue posible la conciliación? Se hizo ésta y nada fue sacrificado. Y es este equilibrio desordenado, loco, que nos da, contra los detractores del impresionismo, contra los negadores de su fuerza evolutiva, el más persuasivo, el más brillante argumento, el que completa, explicándolo, a Cézanne.

Hubiese podido suceder que Van Gogh hiciera tabla rasa ante la revolución impresionista, de sus disposiciones anteriores. Además de su estado enfermizo y el clima distinto, hubiese podido suceder que su ansiosa religiosidad hubiese decaído y que, en suma, su iniciación en la moderna pintura marcara, tanto en lo físico como en lo moral, una especie de curación. En cuyo caso no hubiese sido, indudablemente, sino un hábil discípulo del impresionismo, un sabio virtuoso del color, con-

sagrado a fijar únicamente los movimientos de una bella atmósfera luminosa.

En cambio, se entregó a las alegrías exteriores del impresionismo, tal como era, entero, con sus preocupaciones profundas, su corazón utópico, su salvajismo y la lenta penetración de un mal íntimo que no precipita a los hombres en la maravilla y la felicidad sino para replegarlos enseguida más cruelmente sobre sí mismos.

Su alma está pronta a entregarse y pronta a la desconfianza; su yo, asombrado ante la inocencia del más triste espectáculo, él lo quiere sincero, sin concederle el menor deseo propio; su mano, ardiente para acariciar el universo, es dura; inflexible como la mano de un cirujano: nada de los contrastes, ninguna violencia es suavizada o perdonada. Es con esas armas y esos prolongamientos que Van Gogh penetra en el impresionismo, en sus asuntos y en sus efusiones.

Entonces sucede uno de esos fenómenos de adaptación que no tienen lugar sino en el arte y en la ciencia. Nada se perdió ni alteró; el compuesto fue admirable de fidelidad y vigor.

Empapado su pincel en plena luz, poniéndolo al servicio de los paisajes más llenos de color, del deslumbramiento de las flores, de la tensión de las tierras laboriosas, de la paz de los jardines y los campos, en una comarca riante, Van Gogh, continúa obedeciendo a las exigencias de su naturaleza enfermiza e indomable, llenando espontáneamente al impresionismo de sus telas de yo no sé qué pío furor. Pesado y desgarrador frenesí, que hace sacudir a sus paisajes bajo una catástrofe, que hace al pincel hiriente como un burlil, que hace girar y enroscarse a la líneas en un inmenso temblor. La tempestad acosa y fatiga a sus cuadros serenos y a sus radiosas escenas, una tempestad que viene del alma de Van Gogh y que, sin ningún esfuerzo razonado y abstracto, transcriben directamente sus dedos de pintor, solamente que con su manera de surcar, trazar, amasar y enredar, los unos en los otros, a los planos de color.

La paleta también tiene algo de turbulento y complejo. Su brillantez que iguala a la de los más grandes impresionistas, parece haber sido refundida en algún fuego interior; se veicla sobre la tela, no como la del sol, sino como la de una lava incandescente. Y se despliega en un orden salvaje, inestable, desesperado.

Los ojos habituados a las afebles perturbaciones del impresionismo no pueden a primera vista darse cuenta del alcance exacto de esta ruda pintura. Los primeros espectadores a quienes su hermano Teodoro, en lo de Goupil y en lo de Tanguy, tímidamente mostró las telas firmadas por Vicente las rechazaron. Nadie las compró y muchas fueron raspadas para ser utilizadas mejor!

Pero poco a poco su sentido fue desfilándose, la originalidad y las consecuencias de su arte se pusieron en claro. Cuan-

do, diez años después del suicidio de Van Gogh, Bernheim expuso, por primera vez, setenta telas, después cien, cuando contemporáneamente Tschudi lo hizo entrar en la Galería Nacional de Berlín y Pauli en el Museo de Bremen, la etapa alcanzada por él fué clara y evidente. Nadie titubeó más en reconocer que en la obra de este loco, se veía, con asombrosa seguridad, a las formas evasivas, a vuelo de mirada, del impresionismo, inflarse, hacerse sólidas, para dar nacimiento, con los recursos exclusivos del color, a formas constructivas, a volúmenes coloreados, a toda una arquitectura de las apariencias.

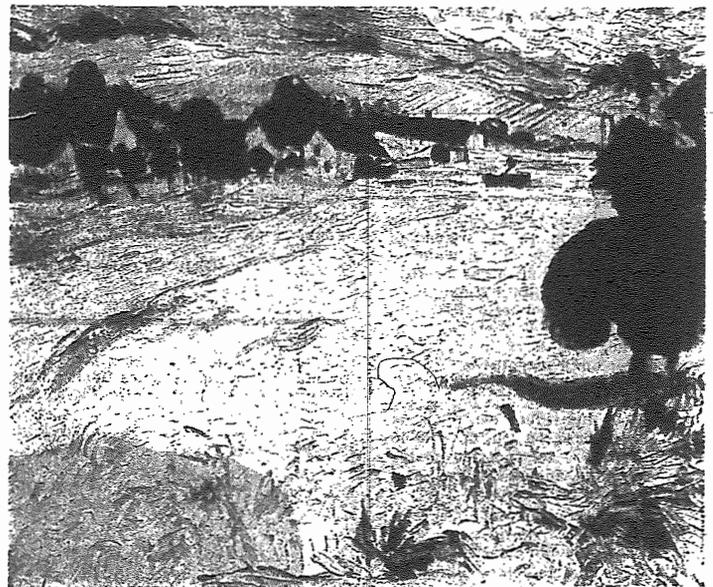
Era la misma demostración que la de

Cézanne. Solamente que el testimonio de Van Gogh se componía de elementos más rudos, más paradojales y por lo tanto más directamente expresivos.

Fué a causa de esta prueba exagerada que se creyó prudente silenciar a Van Gogh? Se lo creyó demasiado peligroso?

Es evidente, gracias a él, que la escuela del color no ha fracasado absolutamente, y que tenía, como todas las grandes escuelas, los medios de reaccionar contra sí misma. La evolución moderna en el sentido de las líneas interiores y de los volúmenes se ha hecho tanto en ella como fuera de ella. Van Gogh fué uno de sus antecesores.

H. HERTZ.



VAN GOGH — Paisaje.

CRITICA LIRICA

“La vida breve”, de Manuel de Falla.
—“Elektra” de Strauss

La tendencia iniciada por Weber en “Freischütz” y continuada por Wagner en los “Maestros Cantores de Nüremberg” de hacer intervenir al pueblo como contraste dramático frente a los sentimientos líricos de los principales personajes del drama musical, ha evolucionado hacia una mayor humanización en los asuntos a tratarse, dando margen a la intervención del pueblo en primer término, y hay que convenir, en que la tal tendencia ha producido verdaderas obras de arte, como “Boris Godunow”, de Mursowsky, “La novia vendida”, de Smetana, y, en otra esfera, el “balet” “Petrouchka”, de Igor Strawinsky.

“La vida breve”, de Manuel de Falla, si bien de asunto pobre y cursilongo, posee, en cambio, una música bellísima, de genuino sabor popular, pudiendo decirse que en ella sentimos al pueblo que no vemos en la escena.

Las características del estilo de Manuel de Falla son claridad y justeza, cualidades que no se obtienen pero sí se pueden en París; no insiste cuando obtiene lo que desea, y por esto jamás cansa. En cuanto a la instrumentación bellamente sonora y llena de poesía, está basada, tal como se entiende en general modernamente, en la individualización de los timbres, que no es otra cosa que el diálogo orquestal beethoveniano, aplicado a sonoridades nuevas. El coro, por cuya boca habla al pueblo, encarna, como en la tragedia

griega, la razón humana y expresa, en los cantos que parten de una fragua, lo único digno de ser tomado en cuenta en el poema: el dolor de la vida de esclavitud y el ansia de libertad.

El asunto, como decía, es pobre y hace lamentar una vez más la falta de cultura de muchos artistas respecto de lo que no es su propio arte.

Salud, una muchacha del pueblo, ama a Paco, un chulo vulgar que la engaña con una señorita encopetada con quien se casará; la abuela de Salud conoce las traperías del susodicho Paco por intermedio del tío “Salvador”, quien quiere tomar venganza: la abuela lo impide.

El segundo cuadro es puramente sinfónico, siendo un himno triunfal a Granada, cuyo panorama se ve a lo lejos mientras cae la tarde, cuando las gentes regresan de sus faenas entonando canciones. El coro tiene la particularidad de permanecer oculto, táctica ventajosa, pues así sus acentos toman carácter de algo superior y desconocido, y nos priva del desagrado de ver en escena una tropa de individuos pésimamente educados escénicamente, en cuyas expresiones y ademanes se advierte su completa ignorancia respecto de su actuación. Y sea dicho no precisamente en elogio de los directores de escena. A propósito de la ausencia del coro en la escena produce desagrado a un músico (¡...!) como Aguirre; pero tal opinión es digna de gentes groseras que

van a "ver" la música escénica y no a "oír" en sí misma, que juzgan por los "efectos" y nada más. Pero vamos al asunto.

El trozo sinfónico con que finaliza el primer acto es de una belleza no superada en la música española, como no sea en la del propio Falla, y obtenida con los medios más simples. Claro está que para quien esté acostumbrado a tonadillas y a zarzuelas, dicho trozo lo dejará indiferente, y lo mismo digo de los exquísitos que gustan de esa España literario-orientalista de los Ravel, Granados y... Rims, y Korsakow. La música de Falla es sana y potente.

En el segundo acto asistimos a las bodas de Paco. La música de las danzas y las canciones del "cantaor" poseen profundo sabor local, cuya característica es la inflexión de la melodía, que quiere ser alegre y sin embargo es triste, siendo ésta, particularidad heredada de la música árabe. Llega Salud y desmascara al novio, y al negar éste la acusación cae muerta. Como se ve, el asunto es de una cursilería enternecedora; por suerte que con la música nos olvidamos de él, y es el mejor elogio que puede hacerse a un musicaso como Manuel de Falla.

"Elektra"

La fogosidad de Strauss, la potencia enorme de su dinamismo orquestal que nos afecta y rítmicamente, como ciertos poemas de Whitman o los cantos del Zarathustra nietzscheano, llegan al paroxismo en "Elektra", la más genial, a mi parecer, de sus creaciones.

Strauss, que es un talento enorme de muy vasta cultura, sin duda ha meditado la opinión de Goethe cuando decía no aceptar, por no comprenderla, una ópera cuya música fuese buena y el poema malo, o viceversa; lo que nos dice Goethe es admirable, pues expresa su idea sobre lo penetrados que deben estar música y poema para formar la unidad, o sea la "obra de arte". Y creo que Strauss lo debe haber tenido en cuenta, cuando de modo tan admirable lo ha obtenido.

El asunto, sacado por Hugo von Hofmannthal de Esquilo y de Sófocles, es espeluznante.

Agamenón ha sido asesinado por obra de Klitenmestra, su esposa, y de Egisto, pretendiente de ella; Orestes, hijo de Agamenón, huyó para salvar la vida; sus hermanas Elektra y Crisotémide conviven en el palacio de Egisto con los asesinos de su padre. Consultado el oráculo, éste decide que Orestes sea el vengador de Agamenón en las personas de su madre y de su padrastro. Desde ese momento la indomable Elektra vive en furioso delirio, con el deseo monstruoso de que llegue Orestes y cumpla el veredicto del oráculo. Su hermana Crisotémide es débil y no la secunda en sus sueños de venganza, y Elektra la repudia.

Finalmente llega Orestes disfrazado y cumple la mitad de la venganza; se oyen los alaridos de Klitenmestra, asesinada en el lecho por su propio hijo, símbolo del derecho patriarcal. La música en estos momentos es tan intensamente brutal, tan digna de la escena que por su mismo horror permanece oculta a nuestra vista, que nos torna de espectadores en actores del drama, hace vibrar en nosotros la locura vengativa de Elektra y sentir en nuestra mano el puñal de Orestes vengador.

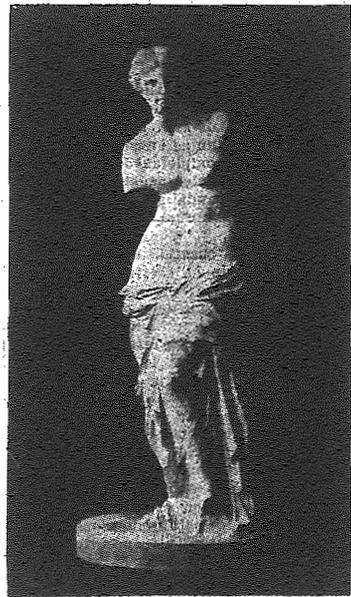
Llega Egisto y encuentra a Elektra presa aun de una diabólica y frenética satisfacción, rayana en el delirio; penetra en su palacio y corre la misma suerte de Klitenmestra; aquí los alaridos son de imprecación suprema, de un horror que nos paraliza, no sabemos si por lo bárbaro del poema o por el comentario musical, tan penetrados están los dos elementos.

Entonces Elektra se entrega a una danza frenética (acompañada de una música cuyo carácter no decae un instante) y llegada a la plenitud de su exaltación dionisiaca, cae muerta, satisfecha su ansia brutal de venganza.

Todas las cualidades de Strauss encontramos en "Elektra"; la riqueza deslumbradora de su instrumentación, la potencia dinámica, la armonía riquísima, y la gran cualidad straussiana: el conjun-

La Venus de Milo y la Victoria de Samotracia

¡Caigan sobre mí las iras de Apolo! Reniego del éxtasis en que hace diez años me postraba ante la Venus de Milo. Hoy vuelvo a ella instruido por la vida: el dolor me ha dado fuerzas para desenmascarar al mármol. He aquí la gran engañadora, igual que siempre, con su belleza eterna, inmóvil, implacable; he aquí el ídolo glacial y satisfecho, con su cabecita redonda y bien peinada, su ojos ciegos, su leve sonrisa desdeñosa, su torso vasto y tranquilo, capaz de sostener sin un estremecimiento las caricias de Hércules. Aquí estás, Venus Urania, convencida de que lo sabes todo, de que te ciernes por encima de la piedra y de la duda, lejos del mal, lejos del hombre. Crees reinar en tu país y entre los de tu raza, pero han muerto ellos y sus cielos. Y tú has muerto también. Eres una magnífica momia, una máscara brillante y dura, un molde hueco que rueda por las clases de dibujo. Dime, patrón de rectificar cuerpos de mujer, ¿qué hiciste de tu alma? Los académicos adoran tu forma, y está vacía. Tu rostro miente; la mentira baja de él a lo largo de tí, falsificando hasta las raíces de tu pedestal, y debemos felicitarlos de ignorar tus brazos decorativos y tus manos inútiles. Mientes. Pretendes expresar la plenitud de la dicha, la paz absoluta, la sabiduría perfecta y no hay paz, no hay verdad, no hay dicha; toda perfección es un cadáver. No hay paz en los corazones humanos ni en las miradas de las bestias, ni entre los pétalos de las flores, ni en las entrañas de la roca. No hay paz en las regiones de lo infinitamente pequeño, donde los átomos chocan o se hacen prisioneros unos de otros, o se disuelven en el espacio como una bruma fatigada. No hay paz — ¡Oh Urania! — en las regiones de lo infinitamente grande donde arden los soles y las lunas se hielan, donde el eter palpita y fluyen estelas de gérmenes que buscan al azar la matriz de los astros. No hay paz en las regiones sin nombre donde la muerte medita y trabaja en silencio. No hay paz, no hay paz. No hay más que inquietud.



Por eso guardo mi fidelidad para la divina imagen de la inquietud, para esa Victoria de Samotracia que en lo alto de la escalera central del Louvre yergue la noble agitación de su figura. Al subir hacia ella los peldaños se convierten ba-

to a grandes rasgos sonoros, seguido del refinado "solo". Creo que si Strauss vivirá en la posteridad, será por haber escrito "Vida de héroes" y "Elektra".
Arthur KRESSPEL.

jo mis pies en las gradas de un templo. Sobre esa proa medio deshecha, la Victoria alza su tronco retorcido por el esfuerzo, y abre sus anchas alas que parecen temblar. El conjunto es una cruz que me recuerda "la otra". Las mutilaciones de esta obra sublime tienen no sé qué de trágicamente simbólico. La heroína testa y los brazos laboriosos se han perdido. De la nave no quedó más que la proa; arriba no quedaron más que las alas y la estatua decapitada avanza en el vacío. Sentimos que se ha desprendido de su tie-



rra y de su tiempo, que los cien fragmentos de su ser, magnetizados por la impaciencia, apenas reunidos bajo los dedos de los arqueólogos, se han puesto a caminar. Las alas han batido de nuevo y merced a ellas la victoria ha corrido sobre las aguas de los siglos y nos ha alcanzado. Tocad sus sagradas rodillas; no es el frío de la piedra; es el frío de la noche. El viento aplastó el ropaje contra la carne que se estrema, mojada por el mar. El seno respira aun. Las alas luchan aun con las ondas invisibles. Una inmensa compasión se apodera de mí. "Hermana, no te deseo el pensamiento, estéril geometría de la senda que no pasaremos ya nunca. El destino te ha dejado las alas; te ha dejado completa, y siendo el más puro de los gestos, lo eres todo. Pero tus músculos sufren. Reposo un momento. Detente un día, y mañana reanudarás tu viaje".

"Estoy suspendida sobre el abismo, y detenerme es caer. No hay reposo para nosotros, hermano mío. No confíes en las nubes azules con que la aurora viste el horizonte. Nuestro Océano no tiene riberas".

Rafael BARRETT

BIBLIOGRAFIA

La Sinarquia—Arturo Montessano—Buenos Aires.

Bajo el epígrafe de "La Sinarquia (gobierno de los principios) o sea la Cuestión Social estudiada a la luz del Espiritualismo: Trascendente" Arturo Montessano ha publicado un bien presentado volumen compuesto de sesenta páginas en el cual se ofrece al lector un medio adecuado para solucionar el problema social que tanto ha preocupado, y preocupa, a los hombres desde los orígenes del mundo. Basándose en el sistema sinárquico de gobierno que imperó hace 32 siglos, bajo el Imperio de Ram, el autor propone, en este libro, la reorganización de la sociedad

actual sobre tres principios llamados económico, jurídico e intelectual, que corresponden en función a los principios o poderes en los cuales descansaba dicho imperio y que se llamaron Scharraj, Talaari y Rajasson.

En la sinarquía contemporánea, propuesta por Montessano, el principio económico se hallaría representado por las organizaciones obreras actuales, quienes se encargarían de organizar y discurrir la riqueza social de manera que beneficiara a la inmensa mayoría de los componentes de la sociedad para emplear los propios términos del autor. De ellas dependerían los departamentos actuales de Agricultura, Industria, Obras Públicas, Comercio y Transportes.

El segundo principio lo representarían las dos Cámaras Legislativas, fundidas entre sí y que tomarían el nombre de Principio Jurídico y del cual dependerían la Magistratura y la Policía.

El Tercer Principio lo representarían el personal directivo y docente de las Facultades o centros de enseñanza secundaria y superior de la región quienes vendrían a ser algo así como los agentes tutelares de la población.

Diremos aquí que la división de poderes en que se hallaba fundada la sinarquía de Ram, y por la cual siente tanta admiración Arturo Montessano, corresponde exactamente a la primitiva división de las viejas civilizaciones de la India representada por el mercader, el guerrero y el sacerdote, que hallamos en todas las antiguas organizaciones de característica tribal.

No sabemos la relación que esa reencarnación de formas pretéritas de sociedad puede tener en la esfera de la metempsicosis con las reencarnaciones personales pero, si que nos parece cierto, estudiado también a la luz del espiritualismo trascendente, que dicha reencarnación social no será nunca posible si no se halla precedida de una reencarnación individual de los componentes sociales, previa una purificación astral en el plano cósmico.

¿Por qué el autor de "La Sinarquia" ha ido a buscar tan lejos, en formas tan arcaicas de organización, el medio de poder solucionar las luchas sociales de la hora presente?

Arturo Montessano sangrándose en salud, es decir, previendo las observaciones que la crítica pudiera hacerle, preguntándole por qué un régimen social tan perfecto como la sinarquía de Ram desapareció de la tierra; contesta anticipadamente diciendo que ello debióse a la divulgación de las verdades sagradas custodiadas celosamente en los templos. Dice que dichas verdades llegadas a conocimiento de seres poco desarrollados fueron mal asimiladas, condujeron a los hombres a la ruinosa teoría de la igualdad humana, del predominio de la naturaleza sobre la divinidad y por consiguiente al triunfo de la magia negra... y otras macanas.

Si el autor de "La Sinarquia" no se hallara obcecado por el fanatismo trascendente, le aconsejaríamos que leyera "El Estado" de Pedro Kropotkin, publicado recientemente por la Editorial LA PROTESTA, en donde hallaría estudiado el proceso orgánico del Estado desde sus crígenes históricos hasta nuestra edad. Vería también allí como las civilizaciones pasadas se inician en la tribu primitiva, llegan a la comuna de aldeas, pasan por las ciudades libres para ir a morir a manos del Estado todopoderoso, o sea el Imperio que ha significado siempre en la historia la agonía de toda civilización. Téngase en cuenta a propósito de esto, el fin que tuvieron las civilizaciones asiáticas y las de Grecia y Roma en cuanto llegaron al Imperio. Y lo mismo decimos de los Imperios Occidentales de Carlomagno, Carlos V, Napoleón II, etc. ¿Por qué, pues, el Imperio de Ram habría sido una excepción de la regla?

Si nos fuera dable dar consejos, pondríamos a Montessano que en lo sucesivo estudiara los problemas sociales a la luz de la verdad histórica con preferencia a la luz del espiritualismo trascendente que por lo visto no ilumina muy mucho la inteligencia de sus adeptos.

La Piroterapia o sea El Uso Medicinal del Fuego, por el mismo autor-Buenos Aires.

En este libro de presentación esmerada como el anterior, Arturo Montessano nos hace un panegirico de las excelencias del fuego y sus derivados como medio de tratar muchas enfermedades que la medicina oficial cura con procedimientos diametralmente opuestos.

Los baños de luz, de sol, y toda clase de tratamientos mediante cuerpos radioactivos hallan en Montessano un acérrimo defensor, lo bien no escapa a su comprensión los efectos limitados y condicionales de esta nueva terapéutica.

Más que un libro de medicina es — este que nos ocupa — un libro destinado a ensalzar las virtudes y los efectos benéficos de la Piroterapia aplicada en aquellas enfermedades y casos en que el calor puede ser un agente reactivo para restablecer el equilibrio orgánico y mantener en el cuerpo una temperatura adecuada como medio de curación.

A los tratamientos conocidos a base de aire, agua y barro, que constituyen los principales agentes curativos de la escuela naturista, se adhiere ahora la curación a base de radiaciones calóricas que viene a completar el ciclo de los cuatro elementos medicinales que según su autor constituyen el cuerpo físico del hombre: fuego, aire, agua y tierra.

Los vegetarianos y otros enemigos de las ciencias médicas en boga hallarán en este libro algunos fundamentos terapéuticos, basados en la luz solar, de indudables efectos físicos y susceptibles de fácil experimentación. Por lo que su lectura puede tener de provechoso, recomendamos el libro a los partidarios del naturismo y muy especialmente a los enfermos.

CRITÓN

Cuento Armenio La justicia desaparecida

Una vez la Justicia de repente desapareció del mundo. En otras veces había desaparecido del mismo modo, huyendo de los que la martirizaban, a las montañas, u ocultándose en los innumerables rincones de la tierra. Pero siempre, la encontraban, la encerraban y la seguían martirizando.

Pero esta vez nadie llegó a descubrir su paradero.

La ausencia prolongada de la Justicia provocó una gran angustia.

Un principio guerrero sano en su desarrollo a muchos pueblos, se vio en regimientos y batallones y juro que encontraría a la Justicia y la traería a toda de manos y pies.

Con este fin invadió ciudades y aldeas, destruyendo las casas, arrojando y arruinando todo a su paso, cuencios de sangre montañas y llanuras, siempre esperando encontrar, en su camino a la Justicia.

Al mismo tiempo otro hombre, muy rico también, fué en busca de la Justicia. Cargando sobre sus camellos oro y plata, joyas y piedras preciosas, confiando en el poder de su oro, emprendió el camino.

—Os aseguro — dijo — que yo comprará la Justicia con mi oro, la encerraré en un cajón y la traeré conmigo!

Así salieron el puño armado y la riqueza en busca de la Justicia. ¡Todavía la está buscando!

Por un camino distinto otro hombre salió en busca de la Justicia. Harapiento, pálido, su cara expresaba el dolor. El príncipe se apoyaba en la espada, el rico en su oro. ¡En qué se apoyaba el pobre, con qué medio pensaba traer a la Justicia?

Con nada, solamente con un frasco chiquito, que llevaba colgado en su pecho. Contenía el fresco las lágrimas de los huérfanos, los quejidos de los derrotados y el sudor sangriento del trabajador. Y con un bagaje tan escaso el pobre caminaba siempre adelante!

Fasando ciudades y aldeas lejanas y

desconocidas, bajando a las llanuras, subiendo a las montañas, el caminaba sin descanso, ¡siempre adelante!

A cada paso preguntaba: —¿Dónde estáis, Justicia?

Nadie le respondía, nadie le salía al paso. Hambriento, sediento, cansado, erraba el misero apretando contra su pecho el frasquito con el líquido singular, que ya empezaba a fermentar.

Por fin llegó a la cima de una montaña, y cansado y desahogado, se sentó en la roca, seguro de que serían inútiles sus esfuerzos para encontrar a la Justicia. Así pensando el hombre, desesperado, cogió el frasquito y con violencia lo arrojó contra la roca.

—Desaparece — dijo —; todos tus dolores y lágrimas son inútiles. La Justicia no quiere a los débiles, a los pobres. Pero al mismo tiempo que el frasco se rompía se oyó un trueno. De las lágrimas derramadas se levantó un humo espeso. El humo aumentaba y de pronto en él apareció un titán hercúleo. El pobre hombre, asustado, cayó al suelo.

—¡Levántate! — dijo el titán con voz sonora — levántate y no temas.

—¿Quién eres, espíritu grande? — preguntó el pobre errante.

—Soy la Protesta — contestó el titán.

SOBRE EDUCACION

Es imposible mantener al adolescente en la ignorancia. Por el silencio sólo se consigue agravar el mal. Es preciso hablar a los jóvenes de este asunto sin rodeos, de una manera clara y precisa. Kant.

La ignorancia es una planta venenosa que causa verdaderos estragos en todas partes, y más, si cabe, en los países donde se cultiva con celo y esmero por donde se pueden influir en su exterminio.

Los prejuicios que los magisterios de nuestra ciencia oficial han elevado a la categoría de infalibles son el lastre que no deja elevar a la juventud hasta las regiones del análisis y del razonamiento. Lo ruinarlo, o lo empírico, es lo que rige en toda la enseñanza.

Lo mismo las Universidades, que los Institutos, que las Normales, que las escuelas primarias carecen del material adecuado que exige el actual desarrollo de conocimientos de la Humanidad.

El polvo y las telarañas ocupan los lugares que debieran ocupar las vitrinas de Mineralogía, de Zoología, de Botánica; los aparatos de Química, de Física, de Astronomía...

Careciendo de ese bagaje pedagógico ¿qué duda cabe que la instrucción tiene que ser deficiente?

En lo técnico, carencia absoluta de material, y en lo psicológico la opresión religiosa profanando el sagrado santuario de la conciencia.

¡Pueblo capaz de soportar parecida humillación, es acreedor de todos los desprecios!

Error, ignorancia y convencionalismo, he ahí la fatídica trilogía causante del estacionamiento del pueblo.

El cretinismo moral y físico que nos envuelve, habla elocuentemente dándonos la razón.

Nuestra juventud no posee un ideal, es apática, asustadiza y cobarde. Carece de arreos varoniles. No siente ansias de libertad. No anhelandó nada grande, aplauda, igual que los menestrales, toda medida coercitiva. Es incapaz de parir ninguna idea.

El método, aplicado en su castración, ha dado el resultado que esperaban sus maestros.

Intentar salir de la charca y taparse las orejas para no oír el antipático croar de las ranas, no son gestos dignos de ser imitados y aplaudidos.

Laborar en un sentido u otro para que a torrentes entre el sol de la libertad en la mente de nuestros semejantes es un deber que nadie debe rehuir.

Una de las plagas que diezmas más a la juventud de ambos sexos es el deseo sexual.

Lo mismo el niño que la niña llegan a la pubertad sin ninguna preparación. Sin

y he nacido de estas lágrimas derramadas. Yo me encargaré de devolver al mundo a la Justicia. ¡Mira!

La figura del titán apareció en la luz rosada del alba. Su frente miraba a las alturas: la tierra temblaba y los truenos retumbaban. A lo lejos, en dirección de sus brazos extendidos, apareció en las nubes la Justicia. Con triste faz, sin espada ni balanza.

Ven, ¡oh Justicia! — exclamó la Protesta — Yo he nacido para servirte de espada y balanza con mi voz. ¡Ven, oh, ven pronto!

Compasiva, miró la Justicia al pobre hombre.

—Ten paciencia, — por fin dijo — todavía no eres más que un pignone. ¡Sigue tu camino, juntando dolor y lágrimas! Cuando seas tan grande como el mar y tan poderoso como el torrente, entonces yo vendré con mi espada y mi balanza. Y de nuevo las nubes ocultaron a la Justicia en las alturas.

El poderoso guerrero sigue todavía buscando a la Justicia por medio de sangre; el hombre rico la quiere comprar con su oro. Pero el pobre errante alimenta con lágrimas a la Protesta, para convertirla en un coloso llamado a traer al mundo a la Justicia, desaparecida.

W. PAPSIAN

Inicio sexual, son devorados por la masturbación, y sin apoyo ni orientación van recorriendo el intrincado laberinto, en cuyas encrucijadas dejan, antes de salir, trozos de su organismo, que mientras vivan les recordarán las tristes horas de soledad de la noche de su juventud.

Todo adolescente, debido a la incompleta educación que ha recibido, es pasto de iniciaciones embrutecedoras.

No se le ha hablado del misterio de la vida en la forma que debería hacerse, esto es, científicamente.

Que el adolescente no desconozca qué son los ovarios, el óvulo, los espermatocitos, y sepa que en ellos radica el secreto de la vida humana, que no puede ser inmoral.

No es pernicioso conjugar los verbos asesinar y engañar... y, en cambio, lo es conjugar el verbo cohabitar.

Esa extrafalarria manera de querer ocultar lo inocultable, es más propia de orates que de cuerdos.

Este crasísimo error nos lega cada lustro una falange de jóvenes enclenques, lo cual debería ser suficiente para que nos decidiéramos a enmendarnos.

La Fisiología y la Higiene, caso de enseñarse, se enseñan mal. Se explican en forma discursiva, no se enseñan jamás al alumno láminas completas de Anatomía. El aparato reproductor asusta. No puede nombrarse sin escandalizar a alguien. Es un org. no repugnante que el cristianismo ha estigmatizado.

Hablando de la cuestión sexual, el doctor Eduardo Masip ha escrito lo siguiente:

“El deseo sexual puede y debe desarrollarse con acuerdo a un plan educativo, d'gan lo que quieran los Tatalistas que se obstinan en considerar la conducta sexual como una resultante de los impulsos heredados.

Y como para educar es necesario instruir, pues “sin luces no hay moral”, según declara un conocido aforismo, la instrucción sexual se impone.

La escuela debe realizar una instrucción sexual directa en el segundo período escolar, cuando los alumnos pasan de catorce años y previo el consentimiento de los padres.

Deberían estar encargados de la instrucción sexual los más expertos profesores, ya que es materia delicada que debe ser explicada con mucho tacto.

Seños frutos se cosecharán en tal enseñanza, siempre que se sepa empezar las lecciones comenzando por el estudio de las plantas, insectos, peces, pájaros... Debe procurarse que los niños se familiaricen con las palabras esambres, pistilos, polen, corola, semilla, célula, huevecillo, larva, crisálida, ninfa.

Si se sabe poetizar todas esas grandes maravillas que matizan y alegran el ambiente, la infancia será transportada con

arrobamiento hacia la verdad y crecerá sin que la obscuridad manche la pureza de su pensamiento.

Tampoco se descuidarán los baños diarios, la gimnasia y los juegos al aire libre.

La enseñanza sexual ayudará a fortalecer la raza y será el más grande enemigo de la pornografía, desaparecerán los escrofolosos, los enclenques, los anémicos, los histéricos, los idiotas y los cretinos.

El joven, luego, irrá al matrimonio virilmente sana, eligiendo por compañera algo más que una muñeca de celuloide, y obrará así porque se habrá superado, habrá adquirido compromiso con su conciencia, que no le permitirá llevar prole degenerada al mundo.

No derrochará su juventud en las casas de lencocino, porque sentirá horror a las enfermedades venéreas. Su moral se inclinará a odiar el vicio y a compadecer a las víctimas.

La joven también irá al matrimonio conscientemente, sin que las enseñanzas científicas hayan zaherido lo más mínimo su natural pudor, su recato... Sentirá repugnancia por los ejemplares, porque sabrá que tales degenerados pueden engendrar vástagos deformes e inocular a la mujer enfermedades vergonzosas.

Entonces ambos cónyugos estarán preparados para procrear seres sanos y la sociedad aplaudirá tales acoplamientos y rehusará las uniones interesadas u otros maridajes inmorales.

En 1910 el Congreso Internacional de Higiene Escolar, celebrado en París, se ocupó de la cuestión sexual, y más tarde el doctor Eduard Masip presentó en el primer Congreso Español de Higiene Escolar, celebrado en Barcelona en 1912, una importantísima ponencia razonando sobre ese magno problema.

Médicos, pedagogos e higienistas se preocupan de la cuestión sexual. Esto es de buen agüero y podemos vaticinar que pronto la clásica tendencia de “que la infancia es feliz porque lo ignora todo” será arrinconada por la tendencia modernista de “que será dichosa cuando no ignore nada”.

No queremos terminar este pequeño trabajo sin dar a conocer al lector la autorizada opinión de Sylvannz Stall. Este decía:

“Los que abandonan a sus hijos para que sean enseñados por compañeros profanos de un modo vicioso es una cuestión que debían haber aprendido pura y científicamente de su padre o de su madre, son culpables de una gran negligencia y pierden la mejor ocasión de orientar a sus vástagos hacia la pureza”.

Precisa acabar con el reinado de la ignorancia. La ciencia debe ser nuestro mejor auxiliar.

E. GUMBERNANT.

EDITORIAL “LA PROTESTA”

OBRAS EDITADAS POR ESTA CASA Y EN VENTA EN ESTA ADMINISTRACION Perú 1537 - B. Aires

- Los Anarquistas—Estudio y réplica. \$ 1.—
Temas Subversivos — Doce conferencias sobre diversos tópicos (agotado) \$ 1.50
Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad \$ 2.—
El Estado (Su rol histórico)—El Estado Moderno — Conferencias de KROPOTKIN—Primer volumen \$ 0.50
Cartas a una Mujer sobre la Anarquía—Interesante opúsculo \$ 0.50

FOLLETOS

- Sembrando Flores (Novela) \$ 0.30
La Ucrania Revolucionaria — Un viaje de estudio, por AGUSTIN SOUCHI..... \$ 0.30
En Ucrania—La Sublevación Popular y Anarquista..... \$ 0.10
Resolución de la Conferencia de las Organizaciones NABAT de Ucrania..... \$ 0.10
Temas Subversivos—Doce folletos de Sebastian Faure..... \$ 0.15

LA HUELGA



... Sin género alguno de duda, la huelga es arma, justa y poderosa, en manos del obrero.

El derecho a *no trabajar* es indiscutible. La solidaridad obrera, para dar fuerza real y efectiva a ese derecho, es absolutamente necesaria y perfectamente legal. El sacrificio colectivo de los obreros, al pasar días, semanas o meses, sin ganar nada, para mejorar su situación futura, es precisamente lo que dignifica su actitud. El sacrificio que hace un obrero aislado sometiéndose a las decisiones de la mayoría, *aunque él se perjudique, individualmente, en mayor grado que sus compañeros*, es otro bello gesto que dignifica más aún su actitud. La huelga, por consiguiente, es buena, es justa, es plausible, y hace honor al obrero que depona su bien particular, por el bien de su gremio en el presente; por el bien más complejo, de toda la sociedad, en lo porvenir. ¿Qué es, pues, lo que sucede en la Argentina para justificar las medidas coercitivas contra los obreros, los edictos de la ley marcial y la ostentación terrorista de la fuerza y de la violencia? Si no se trata, si no puede tratarse simplemente de una defensa armada contra la huelga, puesto que la huelga es justa, puesto que el derecho a *no trabajar* es inalienable ¿por qué esa guerra enconada contra el obrero? No es, no puede ser otra cosa que el terror pánico, el pavor injustificado ante un amago de revolución social, sin comprender que las revoluciones sociales no son ni pueden ser regidas por intentos caprichosos, ni por voluntad de supuestos agitadores; sino que obedecen a fenómenos físicos, y a oscilaciones de la energía, tan universales por sus causas como por su finalidad.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

(De una conferencia pronunciada en Montevideo el año 1905)

Pedro Kropotkin — Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volumen de las Conferencias de Kropotkin. Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volumen contiene otra conferencia titulada: "El Estado

Moderno", con los siguientes capítulos: *El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX Los monopolios en la Inglaterra constitucional — En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La gue-*

Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo

Versión española de la conferencia pronunciada por Rudolf Rocker en el congreso de Erfurt

El jacobinismo no sólo puso nuevas cadenas al pueblo francés con la palabra de orden "la república una e indivisible"; ha llevado al extremo el sistema de la centralización y obró, en verdad, fatalmente en todas las épocas posteriores del desenvolvimiento europeo. No fué Napoleón el que estableció este sistema del más extremo centralismo, como se afirmó tan a menudo y como aún hoy se repite automáticamente. Más bien Napoleón recibió en herencia el sistema centralista de los jacobinos y de la Convención, que estaba bajo su influencia, y dió al mismo tan sólo la forma militarista particular que caracteriza el período de su gobierno. El jacobinismo abrió el camino directamente a la dictadura del sable del aventurero corso y preparó en todas formas su advenimiento por la formidable centralización de todas las cosas políticas y sociales. Las fuerzas revolucionarias del pueblo se resistieron en las ciudades y especialmente en la periferia del país a ese proceso de nivelación general con la más extraordinaria energía y la lucha entre el poder central y la administración comunal de las ciudades tomó frecuentemente un carácter muy violento, en especial en París donde la administración de la comuna ejercía en la marcha de los acontecimientos revolucionarios un fecundo influjo. A esta obstinada resistencia de las comunas contra las aspiraciones centralistas de la Convención dominada por los jacobinos hay que agradecer en primera línea el que la revolución fuese capaz de destruir completamente el régimen feudal y que no quedase paralizada a medio camino.

Tan sólo después del sangriento exterminio de las mejores y más avanzadas fuerzas revolucionarias en marzo de 1794 invadió al pueblo, que había perdido poco a poco todas las ilusiones, un rotamamiento general, y los pocos ensayos que se hicieron después del 5 Thermidor por un puñado de energéticos revolucionarios para encender de nuevo el espíritu de la rebelión en las masas, apenas encontraron un eco en los arrabales obreros. De modo que Napoleón no necesitó más tarde sino sacudir el fruto maduro del árbol, que le cayó casi sin esfuerzo en el seno. Que al hombre que se había acostumbrado a jugar con los seres humanos como con las figuras del ajedrez, y que defendía el absurdo principio de "que no había en el mundo nada que no pudiera ser realizado por un fuerte ejército", debió aparecer el centralismo como el sistema más ideal de un orden social, era comprensible. El cerebro de este jacobino de otro tiempo, que sólo estaba impregnado de la orden de arriba y la ciega obediencia de abajo, no fué susceptible de ninguna otra representación; pues lo mismo que para Robespierre y Saint Just, no fué para él todo el problema social más que un problema matemático que podía ser resuelto por la legislación del Estado.

La ley y el decreto fueron los fetiches del período centralista, que debían curar todo mal, y donde la naturaleza humana se levantaba contra su violencia, debían socorrer la guillotina y las ejecuciones militares hasta que el átomo social obedeciese sin resistencia a la opresión de arriba. Se centralizó todo: el gobierno, la legislación, la instrucción pública, hasta el asesinato legal por motivos de razón de Estado en la figura del llamado "terrorismo revolucionario". La vieja ad-

ministración comunal fué suplantada por la prefectura del Estado puesta en movimiento desde París. Toda independencia local fué subyugada y extirpada sistemáticamente. El Estado se mezcló en todos los asuntos de la vida pública y reglamentó por medio de sus órganos ejecutivos todo movimiento de la misma. La iniciativa personal debió ocupar el puesto de una rutina burocrática inanimada que se sometió a todos los caminos trillados.

Lo que la Convención había comenzado fué terminado por Napoleón. De ahí que cuando alguien quería poner en pie una máquina de vapor tenía que llenar antes de palabra y por escrito 238 condiciones prescritas por las autoridades centrales con la más meticulosa exactitud. Y este no es más que un ejemplo entre mil. La ilusión que fundamenta todo sistema centralista de poder regularlo todo por las leyes, no sólo castró aquella iniciativa creadora de las fuerzas sociales, llevó también a una brutal declaración de tuteaje de los miembros individuales de la sociedad y fué el halacarte más fuerte contra toda verdadera evolución cultural. Como la creencia en la divina providencia — sin cuya supuesta voluntad no cae un cabello de nuestra cabeza, — consumió la confianza de los hombres en sus propias fuerzas con la misma siniestra seguridad en las leyes y en la omnipotencia del Estado destruyó sistemáticamente la fe milagrosa en la providencia de todo movimiento independiente, toda iniciativa propia en los seres humanos. Pero un estado semejante fué siempre un signo de descenso espiritual y de una devastación de todas las fuerzas progresivas de la sociedad.

La tímida objeción de que una limitación de la actividad de los miembros individuales de la sociedad es ineludiblemente necesaria para el bienestar y la prosperidad del organismo total es más o menos de la misma calidad moral que si un fisiólogo quisiera sostener que la salud de nuestro cuerpo sólo puede ser garantizada por una limitación artificial de las funciones de nuestros órganos particulares. Y sin embargo sabemos que justamente lo contrario es la verdad. Cuanto más perfecta e inobstaculizadamente es capaz de ejecutar un órgano su actividad peculiar, tanto más floreciente es la situación de todo el organismo. Toda perturbación considerable en la función de un órgano lleva irremisiblemente a un debilitamiento del cuerpo entero y, en caso de que no pueda ser superada, a la rápida o paulatina dislocación del mismo.

El centralismo es un sistema de la organización social en que se confía el bien y el dolor de todos a la alta sabiduría de algunos elegidos, en lugar de encontrar en cada uno de nosotros el protector natural. Los manejos propios de estos elegidos quedan ocultos "al entendimiento limitado de los súbditos". Lo puramente humano desaparece en la apariencia sagrada de la institución. Así como el creyente no puede representarse al sacerdote como hombre y lo ve siempre circundado del reflejo de la autoridad divina, del mismo modo el simple súbdito olvida al hombre, con todos sus rasgos y debilidades, tras el legislador, y lo ve siempre en la aureola de un más alto poder.

Nada importa que el sistema centralista se cubra con la capa imperial de Napoleón o que se enorgullezca en la toga democrática; bajo la que el jacobinismo trató de ocultar sus fallas; los acontecimientos son en todos los casos los mismos, como podemos ver hoy de nuevo en Rusia. La verdad es que el centralismo moderno, que ya en la segunda mitad del siglo XV tiene sus sombras, y que encontró después durante la revolución francesa y bajo el primer imperio su expresión más completa, tuvo entrada en todas partes en el curso del siglo pasado e influenció del modo más fatal toda la evolución

rra y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado ¿puede ser un instrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.

espiritual de Europa. Hasta en los círculos del movimiento obrero moderno reconocemos los profundos rastros de ese pernicioso sistema, que ha dado un sello especial a toda la configuración moral de los pueblos europeos.

Del jacobinismo tomó también el centralismo el primer movimiento socialista en Francia y al mismo tiempo la creencia milagrosa en la omnipotencia de la ley. Babeuf y la escuela comunista que se agrupó a su alrededor surgieron del seno del jacobinismo, por cuyo modo de ver las cosas fueron completamente dominados, considerando a la sociedad como una formación mecánica a la que se le podía dar la forma que se quisiera, siempre que se tuviese en las manos el poder político. Por eso fué la conquista del poder político el dogma de todos los partidos socialistas que aparecieron en la superficie de la historia en el curso del desenvolvimiento ulterior. La lucha que predominó siempre entre esos partidos giró realmente en torno al problema de cómo se podía entrar en posesión del poder político. En tanto que los sucesores directos de Babeuf, los llamados babeuvistas, y, como se les denominó más tarde, los blanquistas, partieron de la convicción de que se puede apropiarse del poder público por medio de un golpe de mano revolucionario, hombres como Louis Blanc, Vidal, Pécqueur, para no nombrar sino a los más distinguidos de ellos, defendieron el punto de vista de que esto sólo era posible por medio del sufragio universal. Pero ambas tendencias marcharon completamente conformes en su creencia de que podían realizar el socialismo desde arriba, con ayuda del Estado y de una legislación correspondiente. Pécqueur y Vidal hasta habían proyectado un código, una especie de código de Napoleón socialista para estar preparados en todos los sentidos para el gran momento.

Que esta fantasía no desapareció aún nos lo demuestra el funesto experimento bolchevique en Rusia, que reavivó el viejo babeuvismo. En Rusia ha fracasado el socialismo, ha fracasado la revolución a causa de esa creencia que en su origen sin duda fué mantenida de acuerdo a los más honestos motivos. Lo mismo que los socialistas de Estado del 30 y del 40, los bolcheviques estaban firmemente convencidos de que se puede decretar el comunismo desde arriba por medio de un poder gubernamental dictatorial y por una conexión rigidamente centralista de todas las fuerzas sociales. Por esta causa se destruyeron sistemáticamente todas las instituciones que habrían correspondido a la iniciativa del pueblo o se transformaron en simples órganos del Estado. De este modo fué aniquilado el fructuoso movimiento de las cooperativas rusas, porque el Estado no podía soportar que existieran sin la intervención de sus comisarios otras relaciones entre la ciudad y el campo. Este suceso recuerda la resolución famosa de la Convención francesa, que prohibió las corporaciones de trabajadores bajo la amenaza de muerte, fundándose en que no se podía soportar un "Estado dentro del Estado".

Y sin embargo habrían sido justamente las cooperativas, con sus numerosas ramificaciones y sus preciosos conocimientos administrativos, un importante elemento para la reorganización de la economía sobre bases verdaderamente socialistas. E igualmente se destruyeron los sindicatos y los soviets, que habían surgido directamente del pueblo, o mejor dicho, se sometió toda iniciativa creadora del pueblo, se desvió su originaria independencia y se le encadenó como órgano subordinado de la máquina gubernativa. No se vaciló ante ningún medio para desbrozar el camino de todos los obstáculos que estaban frente al poder central, y que pudieran poner en peligro la gran obra comunista de la regeneración de la sociedad rusa. Toda oposición fué despiadadamente oprimida, toda libertad de palabra suspendida. La prensa entera fué reducida puramente a órgano oficial del Estado, el derecho de coalición de los trabajadores abolido, la huelga prohibida e introducida, la llamada movilización militarista del trabajo. Se instauró un monstruoso aparato de espionaje y el más temible despotismo policial que llevó el espanto a todo el mundo y que no respetó ningún secreto privado. Milés de los me-

jores elementos revolucionarios fueron fusilados o arrojados en las prisiones de la tcheka; otros fueron proscritos con sus hijos del país en que han nacido. No hubo nunca un Estado central que supiera reunir en sus rangos tales ilimitadas perfecciones del poder central contra sus súbditos. ¿Y el resultado? La monopolización de la violencia pública en manos de una camarilla que no representa más que la minoría de una minoría y se titula pomposamente "dictadura del proletariado", llevando la bancarrota del socialismo a todos los dominios prácticos.

El historiador inglés Tomás Buckle advirtió una vez que de todas las leyes las mejores han sido las que abolieron leyes anteriores. Con estas palabras no sólo ha expresado Buckle una profunda verdad, sino que desarrolló por completo el carácter peculiar de las leyes. En el mejor de los casos la ley no puede más que obrar en un sentido puramente negativo, nunca en un sentido positivo. Puede destruir lo viejo para poner lo menos malo o lo peor en su lugar, pero no puede jamás crear lo nuevo y llevar un germen fecundo a la evolución, pues le está rehusada toda fuerza creadora. Lo verdaderamente creador, no puede resultar más que de la libre iniciativa y del libre acuerdo. La violencia brutal y el forzamiento mecánico son los peores enemigos de toda actividad creadora. Fué el desdeseño desconocimiento de esta profunda verdad lo que causó la funesta creencia del hombre moderno en el Estado, y le hace esperar lo todo de la omnipotencia de la ley y de la rutina automática de un poder central.

Hasta aquellos de nuestros contemporáneos que — como Marx y la confusa banda de sus adeptos escindidos en incontables tendencias — son de opinión que el Estado desaparecerá con todos sus atributos del futuro desenvolvimiento de la humanidad, creen sin embargo en su necesidad ineluctable en la época de la revolución y durante la fase llamada de "tránsito". Pero este mismo concepto se basa en suposiciones completamente falsas y en un orden de ideas puramente burgués. La historia no conoce ningún "período de transición", sino únicamente formas más primitivas o más elevadas de la evolución. Todo nuevo orden social es naturalmente primitivo e incompleto en sus formas originarias de expresión; pero no obstante, en las nuevas instituciones deben estar todas las posibilidades de su ulterior desenvolvimiento, lo mismo que en un embrión existe el animal entero o la planta. Todo ensayo de querer incorporar a un nuevo orden de cosas las partes integrantes esenciales de un sistema viejo, ha llevado siempre hasta aquí a los mismos resultados negativos: o tales ensayos fueron precipitados inmediatamente por la nueva evolución de los fenómenos sociales de la vida, o los tiernos gérmenes y principios de lo nuevo fueron tan fuertemente comprimidos en las formas inmóviles del pasado y detenidos en su desenvolvimiento natural, que poco a poco languidieron y su capacidad interna de vida debió perecer o aniquilarse.

Pero aún para la época de la revolución inmediata, la instauración de un gobierno central y, en mayor grado la instauración de una dictadura, — que significa la más alta forma de expresión del principio centralista, — es el obstáculo más peligroso para todo verdadero progreso revolucionario. Al poner bridas por decirlo así a la revolución e intentar dirigir todas sus fuerzas según un objetivo preciso, se establecerá un dique artificial en el que, — si es suficiente fuerte, — debe estrellarse toda aspiración libertaria frente al desenvolvimiento de los instintos creadores del pueblo, que son los únicos capaces de dar a la revolución la fuerza centrífuga necesaria. Los miembros de una corporación central semejante aunque antes hubiesen sido los mejores revolucionarios, pierden poco a poco el contacto directo con el pueblo y quedan extraños frente a la fuerza impulsiva de los acontecimientos revolucionarios. Su gran atención es dedicada a la centralización de todas las fuerzas, de modo que el muerto mecanismo de las cosas al que se quiere dar la figura deseada, se convierte para ellos en el fin más digno de esfuerzos, tras el que debe retirarse la vida propia con sus infinitas diversidades. Por esta razón todo movimiento independiente, todo impulso que parte del

pueblo, tiene que aparcarse como una fuerza enemiga que perturba sus esferas artificiales; y si esta fuerza escapada a su control no se atiende a razones y no quiere someterse voluntariamente al dictado de arriba, debe ser silenciada con la violencia, y, justamente, en nombre de los "más altos intereses" que están supestamente en juego. Se considerará como la encarnación personal de esos "altos intereses" y al mismo tiempo que hacen a los demás autómatas, se convierten ellos mismos en autómatas. Robespierre, el hombre, habló con palabras apasionadas contra la pena de muerte, pero Robespierre, el dictador, hizo de la guillotina el altar de la patria, el aparato purificador de la virtud.

Pero el sistema centralista no ejerce solo su funesto influjo sobre los hombres que tienen la palanca del aparato central en las manos, se manifiesta también del mismo modo fatal en las grandes masas del pueblo al oscurecer el sentimiento natural de responsabilidad del individuo y extirparlo gradualmente por completo. El sentimiento de la responsabilidad personal es un resultado natural de nuestra convivencia social. La máxima: "No hagas a otro lo que no quieres que te hagan", que atribuyen a su fundador las más diversas religiones, no es un descubrimiento de un individuo, sino un resultado del instinto social de solidaridad que vive en nosotros desde hace millones de años.

Mientras los hombres se concertaron en libres federaciones para regular por sí mismos sus asuntos y sus intereses recíprocos, el sentimiento de la responsabilidad del individuo fué la base natural de todas las resoluciones y decisiones. Pero con la victoria del Estado y del principio del poder centralista se presentó también aquí un cambio decisivo. El individuo se convirtió en instrumento de una institución de poder que se le impuso violentamente y que tomó la regulación de los asuntos de todos en sus manos, y en tal modo que el hombre aislado, hasta cierto punto, sólo sirvió como medio para la consecución de sus fines. Pero de esta manera recibió un grave golpe el sentimiento de la responsabilidad del individuo, pues ahora se vió obligado a ejecutar las órdenes de arriba, pudiera o no justificarlas, y debió igualmente abandonar la responsabilidad de sus actos a aquellos de quienes recibía las órdenes, pues una responsabilidad sin derecho de autodeterminación sobre los actos cometidos no podría existir.

En el militarismo moderno, que es el *non plus ultra* de todo centralismo, podemos observar este terrible fenómeno. El hombre no es en él más que una máquina que debe ejecutar ciegamente todo mandato de sus superiores, con la extirpación, por decirlo así, de su propio cerebro. Está obligado a cometer, en mérito a una orden semejante, los peores crímenes sin conciencia de la fealdad de sus actos. El mismo hombre que en la vida ordinaria no podría hacer daño alguno a una mosca, se convierte en el más espantoso asesino e incendiario si se le ordena desde arriba. Se transforma entonces en un autómata de carne y hueso, hiere con

la bayoneta, dispara con el fusil con la idéntica consecuencia mecánica de un autómata de esos que escupen chocolate o cigarrillos cuando la moneda oprime la palanca.

Con la misma comprensibilidad automática el verdugo lleva a un hombre a quien no ha visto jamás a la muerte, el juez pone los dedos en su código y declara culpable a un desgraciado ser hermano, la más negra traición se convierte en una virtud ejemplar, cuando ha respondido a los llamados elevados intereses. Todo sentimiento de verdadera humanidad muere ante esa conciencia mecánica, toda relación íntima de hombre a hombre es excluida, para dejar espacio a una pétre disciplina desde el momento en que entra en acción la sabiduría de los párrafos de la ley. La "razón de Estado", el "honor nacional", "los intereses del partido" y otras mil formas abstractas que ocultan los brutales intereses de las pequeñas minorías, substituyen la voz de la conciencia o, mejor dicho, el sentimiento de la responsabilidad personal que corresponde a los impulsos internos del hombre y debe constituir la base de todos sus actos. La extirpación sistemática y el desmedramiento gradual de este precioso sentimiento, que fué legado de una generación a otra desde los tiempos más remotos, es uno de los fenómenos más fatales de la conformación centralista del espíritu, y lleva indiscutiblemente a una descomposición interna de la vida social entera, ya que el individuo es artificialmente ligado a la totalidad. Y este es quizás el peor de todos los males que el centralismo ha creado.

La mayoría de los precursores del socialismo que aparecieron en la primera mitad del siglo pasado estuvieron más o menos fuertemente influidos por las ideas autoritarias. El genial Saint Simon reconoció con gran penetración que marchábamos hacia tiempos en que llegaría a cambiarse el arte de gobernar a los hombres por el arte de administrar las cosas; pero sus discípulos se adhirieron al más rabioso autoritarismo hasta que finalmente desaparecieron de la superficie de la vida pública. — y no en perjuicio del socialismo. Fourier desarrolló en su sistema social algunos pensamientos magníficamente libertarios, como por ejemplo la teoría del "trabajo atractivo", pero la creencia de que la humanidad podría ser salvada desde arriba estaba arraigada en él tan hondamente que se dirigió a todos los estadistas y mandatarios de la Iglesia y les rogó que hicieran un ensayo con su sistema, sin lograr, naturalmente, el éxito más insignificante. Sobre la naturaleza propia de la liberación social no fué nunca claro y sus numerosos discípulos nunca menos. El sueño de Cabet era la realización de una teocracia comunista. Vidal y Pécqueur fueron socialistas de Estado de la más pura esencia; Louis Blanc y los jefes de las organizaciones secretas babeuvistas, como Blanqui y Barbés, fueron jacobinos comunistas y creían en la omnipotencia del Estado como en un evangelio.

(Continuó)



En el mundo reina la paz... esta PAZ!